



***El último aviador* (Francesc Betriu, España, 2019)**

por Juan Vaccaro Sánchez

Realizar una película, el proceso de preproducción, la postproducción, su posterior exhibición y distribución es una auténtica carrera de obstáculos, mucho, muchísimo más difícil de lo que creemos los espectadores. Buena prueba de ello es la película que nos ocupa, *El último aviador* (2019) de Francesc Betriu. Si nos atenemos a lo que explican algunos de los testimonios que recoge el filme, nos encontramos en 2016-2017. La película en el catálogo del ICAA consta con fecha de resolución de 2019. Debido a la pandemia, la cinta no se estrenó en cines y fue deambulando por

diversos festivales de cine locales, algún pase en filmotecas, hasta su estreno en plataformas en mayo de este mismo 2022, y unos meses antes en La2 de Televisión Española. Una auténtica lástima. Se merecía mejor trato y algo más de riesgo por parte de los distribuidores y más tratándose de un tema de recuperación de la memoria y siendo el último título de un cineasta que falleció en octubre de 2020. No hubiera estado de más ese estreno, por lo menos, en forma de homenaje. Nacido en Organyà en 1940, Betriu tuvo una carrera algo desigual pero siempre con un ojo agudo para la observación social y, cómo no, para la denuncia. Recordemos que, tras sus dos títulos más conocidos, *La plaça del Diamant* (1982) y *Requiem por un campesino español* (1985), realizó otras cintas que realizaban una aguda radiografía de la España tardofranquista como *Corazón solitario* (1973) o la explosiva y gamberra *Furia española* (1975). Debemos citar aquí también la nostálgica *Sinatra* (1988) donde acompañaba a un monumental Alfredo Landa por un Barrio Chino barcelonés, ausente de bobalicones turistas con chancletas haciéndose *selfies*, y que sirve de elegía a ese barrio antes de los Juegos Olímpicos del 92. Después de *Sinatra*, Betriu realizó diversas series para el ente

público, un par de películas que no tuvieron muy buena fortuna y se decantó por el documental para acabar sus días como cineasta. *El último aviador*, al igual que el resto de la obra de Betriu es una cinta honesta y sincera. A más de uno el filme de Betriu le recordará una cinta de otro querido cineasta barcelonés, Jaime Camino y *Los niños de Rusia* (2001). La conexión es indudable ya que ambas se centran en las vicisitudes de los españoles y españolas que emigraron a Rusia, por entonces la Unión Soviética, durante la Guerra Civil. Camino se centrará en los niños y niñas que dejaron España para estar alejados de la contienda; mientras que Betriu focaliza su atención en los pilotos republicanos que fueron a parar allí, como parte de su entrenamiento, ampliando el foco y tratando también, aunque no de manera tan profunda como Camino, a los niños de Rusia y, también, a los divisionarios que quedaron en los campos de concentración soviéticos.

Betriu se centra en la figura de Vicente Montejano, uno de los jóvenes aviadores republicanos que fue a parar a Kirovabad (actual Uzbekistán) donde estaba sita la 20ª Academia Militar donde se formaban los pilotos de caza republicanos, mientras que los observadores lo hacían en una academia similar en Kharkov (Ucrania). El documental cuenta con la

participación de diversos expertos -entre los que se cuenta David Gesalí, presencia indispensable en cualquier trabajo sobre la aviación militar durante la contienda-, que nos ayudan a dar forma al contexto histórico de la época y nos explican cuál era el funcionamiento de la academia de Kirovabad, donde se formaron cerca de 800 pilotos, en cuatro promociones diferentes.

Vicente Montejano formó parte de la cuarta y última promoción, al igual que otro de los testimonios que aparecen en el filme, José García Lloret, que falleció -al igual que Vicente Montejano- poco después de realizar su entrevista. Las figuras de Montejano y García Lloret recogen el gusto por la aventura de muchos jóvenes de la época al embarcarse en una carrera, la de piloto, que era totalmente desconocida por ellos y que habla, por un lado, de la necesidad de pilotos que tenía la República, y por otro, de la democratización de la aviación; un mundo que estaba vetado



antes del advenimiento de la República para los que provenían de un estrato social humilde. Ambos narran cómo

salieron de España sin tener ni idea de a dónde los llevaban, pero contentos y ansiosos ante lo que les deparaba el destino. En este punto, y antes de la llegada a la academia, los futuros pilotos se darán cuenta que la estancia en la Unión Soviética no será una fiesta. Se les

retira los pasaportes -que nunca recuperarán- y se les dota de una nueva identidad para no levantar sospechas. Al poco de llegar a Kirovabad finaliza la contienda en España y ellos se encuentran en una difícil tesitura.



Se les da la oportunidad de quedarse en la URSS, estudiando o trabajando, o bien se pueden ir a dónde quieran, menos a España claro está. Unos se quedan y los que prefieren marcharse estarán mal vistos por sus compañeros. Se les enviará a casas de reposo y del 39 al 41 permanecerán allí como si estuvieran de vacaciones, sin hacer nada, eso sí vigilados por unas supuestas novias que eran agentes del NKVD, como bien recuerda divertido García Lloret. Ya en ese momento se empiezan a enviar a los más díscolos al gulag. Con el estallido de la guerra en el verano del 41 unos pasan a formar parte de los cuerpos de

partisanos y más tarde, se reintegrarán a las VVS, las fuerzas aéreas soviéticas, dada su previa formación. David Gesalí nos narra que debido al caos producido por la invasión alemana no fue hasta después de muchos meses en que la administración soviética pudo dar con los pilotos españoles y resituarlos a su destino. Los que no quisieron trabajar o formar parte de las fuerzas armadas, como Vicente Montejano, pasaron al gulag. Aquí es donde Betriu introduce a los niños de la guerra, ya que algunos de ellos también fueron a parar al gulag por ser delincuentes comunes. Se calcula que unos 200. Es el caso de José María

Bañuelos, que por robar pan tuvo una condena de ocho años.

A partir de aquí la cinta nos narra la dureza de la vida en aquellas condiciones, en lo profundo de Siberia, con frío, hambre, sin noticias del exterior, ya que a los españoles se les prohibió el intercambio epistolar, mientras que otras nacionalidades sí lo tenían. Una vez acabada la guerra un nuevo contingente español pasará a los campos de trabajo, serán los antiguos miembros de la División Azul. Uno de ellos, Arturo Gregorio, aparece en el filme. Betriu da voz a niños, pilotos y divisionarios. Es, posiblemente, el mejor momento del filme, repleto de un profundo humanismo, donde queda claro que ante las dificultades se unieron sin tener en cuenta ideologías u orígenes. Algo que remarca Rafael González Mas, el médico psiquiatra que cuidó de los repatriados en el *Semíramis* en 1954 y que da fe de la camaradería y resiliencia del contingente que llegó a España, aspecto con el que se cierra el filme, antes de realizar un pequeño y sentido homenaje a la figura de Vicente Montejano y sus compañeros. *El último aviador* no es una obra maestra del cine documental. Desgraciadamente, es un filme que no pudo disponer de un presupuesto algo más generoso. Su guión, en ocasiones, no está bien

estructurado, pero el peso e interés de los testimonios es tal que merece nuestra atención. Es una operación de memoria histórica que debería haber tenido más repercusión. Las historias de los aviadores republicanos son conocidas gracias a los trabajos autobiográficos de pilotos como José María Bravo o Juan Sayós Estivill y gracias también a las investigaciones de Manuel del Río Martín, David Gesalí o Rafael de Madariaga, por citar algunos ejemplos. Pero el gran público permanece todavía, en gran parte, ajeno a estas vivencias. Gracias a Francesc Betriu ahora las tenemos más cerca, con la posibilidad de darles más visibilidad. En unos días en los que los cielos de Ucrania y Rusia, en los que volaron aquellos atrevidos jóvenes están de triste actualidad, no estaría de más echar la vista atrás y dedicarles unos minutos.

T.O.: *L'últim aviador*. España, 2019. Producción: DACSA Produccions S.L. Director: Francesc Betriu. Guión: Francesc Betriu, Laura Hueso. Fotografía: Carlos Cebrián, David Molina, Javier Nicolás Pérez, Ciro Uso. Montaje: Tomás Suárez. Color - 78 Minutos. Estreno en España: 06 - 5 - 2022.